

La calle para el martes 29 de enero de 2008  
Diario de un espectador  
Fernández de Lizardi  
por miguel ángel granados chapa

María Rosa Palazón preparó la semblanza de José Joaquín Fernández de Lizardi que abre El laberinto de la utopía, el segundo volumen de la serie Viajes al siglo XIX que mencionamos ayer, y que contiene una amplia antología de su obra.

“En las calles donde corrían venas de agua, hoy centro histórico de la ciudad de México —escribe la investigadora universitaria— deambulaba José Joaquín Fernández de Lizardi Gutiérrez. Individuo esbelto de estatura media y caminar encorvado, en su cara enjuta asomaba su ojo bizco —algo ‘turnio’ En su decir—. Se peinaba hacia delante para tapar su frente amplia. Iba vestido con chaleco y corbata de moño. Su sonrisa, de ironía y ternura, era espejo de su temperamento arrebatado, que frecuentemente despertaba cóleras y dolores de cabeza a sus enemigos. El día que se lo llevó Ananké, la Moira del destino final que teje nuestra vida hasta que corta el hilo, dejó plantada su sombra en Tepotzotlán, lugar de su infancia y donde editó algunos manifiestos y exhortaciones al Ejército trigarante, y en su Anáhuac natal. Aún se mira aquella sombra porque mantienen su frescura y su vigencia las misiones futuristas que se impuso y actuó sin desmayo ni dar cuartel (hasta donde las circunstancias se lo permitieron). El Pensador más común entre sabios y el más sabio pensador entre hombres comunes, dejó como última voluntad que grabaran en su lápida el siguiente epitafio: ‘Aquí yacen las cenizas de El pensador mexicano, quien hizo lo que pudo por su patria’; no se cumplió su deseo porque su tumba, sita en el atrio de san Lázaro, desapareció. Sus cenizas, empero, dejaron una huella indeleble, una montaña en la cordillera de la literatura y de la historia mexicanas.

“Sus letras, donde se aspira el resuello de tuberculoso, no son clasificables por género en una antología; nuestro amigo incursionó tanto en verso como en prosa, en folletos (más de 300), periódicos (9), teatro (10 piezas localizadas) y novelas (4), que entreveran de manera compacta narración, diálogos de corte dramático, historias, noticias locales, leyes, resoluciones del Congreso, cartas, comunicados y hasta habladerías (estos tres últimos casos porque en sus páginas dio espacio a quienes no tuvieron acceso a los medios de comunicación). Asimismo, sin incurrir jamás en plagio, reprodujo libremente frases célebres de Juvenal, Cicerón, Plutarco, Fenelón, de filósofos griegos y romanos y padres de la Iglesia (especialmente san Jerónimo y san Agustín). Sabiduría con reconocimiento de autoridad y ocasionalmente con falacias de autoridad. Unido a su país, no a un lejano Parnaso o república de las Bellas letras, abordó técnicas e hipótesis científicas en boga, como las recetas curativas y medidas para prevenir las pestes, y los razonamientos del sentido común o muy elaborados que deshicieron sortilegios: ‘tan presto soy estadista como general; unas veces médico, otras eclesiástico: ya artesano, ya labrador: ya comerciante y, finalmente, un entrometido y un murmurador’. Como la censura, siempre vigilándolo, había prohibido citas de la Ilustración, de humanistas y liberales, fue maestro del ilusionismo y la prestidigitación; coló lo innombrable mediante epítomes de la Escuela de las costumbres, de Blanchard, El fruto de mis lecturas, de Jamin, sin olvidarse de párrafos enteros de las biografías papales de Juan Antonio Llorente. Sus autoridades fueron ilustrados, escritores españoles, reformistas y pensadores a la galicana.

“Con la erudición apabullante de aquellos días, cocinó su sopa literaria con un poco de ideología cristiana, algo escolástica y liberal. La aderezó con expresiones dialectales mexicanas y con la sátira y la ironía, que lo perfilan en la misma tónica de Francisco de Isla, Quevedo y Cervantes...”.